

El chico
que abrazó
^{mis}
cicatrices

SERIE BOISSIEU 2

ANDREA CANNELLE

© Andrea Cannelle, 2025

Maquetación hecha por: Románticas Corrección

Corrección hecha por: Andrea Canela

Ilustración de la portada e ilustraciones del interior hechas por:
Ana Espí

ISBN: 9798292236016 Sello Independently published.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso previo del autor.

*A quienes le robaron a una niña llena de sueños, la
confianza en sí misma y las ganas de vivir.*

*A quienes convirtieron cada día de su semana, en una
batalla contra su mente y su propio cuerpo.*

*A quienes intentaron silenciar su risa, y a todos los
que la hicieron pensar que nunca sería suficiente.*

*Ahora sé que el problema nunca estuvo en mí, sino en
vosotros. Os perdono. Y, por fin, me perdono a mí
también.*

Nota de la autora

Este libro es el segundo de una serie. Aunque son autoconclusivos, recomiendo leer los tres y hacerlo según el orden de publicación.

A pesar de estar inspirada en la realidad, esta novela es una obra de ficción, por lo que me he tomado muchas libertades a la hora de hablar de la ciudad, las costumbres del sitio, la universidad y el equipo deportivo, etc.

Advertencia: Este libro es una historia de romance sano y trata la superación, la magia de las primeras veces, la pasión por el fútbol, el amor propio y la salud mental. Pero también toca temas (algunos en menor detalle que otros) que pueden resultar difíciles de leer para algunas personas, como un TCA, ansiedad, ataques de pánico y bullying.

Si crees que puede afectarte de alguna forma, prioriza tu bienestar primero. Y si decides adentrarte en esta historia y en algún momento necesitas parar, hazlo. Tu salud mental es lo más importante.



PRÓLOGO

Bella



Tomo aire lentamente y lo aguanto durante algunos segundos en mis pulmones. Me limpio el sudor de las manos sobre la tela de mis pantalones y esbozo una sonrisa cuando me miro en el espejo. Todavía me emociono cuando me recibe un reflejo sano y feliz.

Salgo del cuarto de baño y camino por los pasillos, con mi carpeta de color naranja, apretada contra el pecho. Cruzo el patio esquivando a algunos adolescentes que no escatiman en miradas y comentarios, con cierto respeto, como si mis pasos pudieran despertar a los fantasmas del pasado y hacer mis pesadillas de nuevo una realidad.

Siento un pellizco en el estómago cuando veo la esquina en la que me solía esconder de mis compañeros, o los baños en los que me solía encerrar en cada uno de los descansos. Recuerdo el banco desgastado, donde unas chicas me

llamaron gorda y me animaron a ponerme a dieta, y aunque había soportado todo tipo de insultos a lo largo de mi vida, fue el día en el que algo hizo clic en mi cabeza, y empecé a prestar más atención a mi cuerpo.

También veo a lo lejos a la profesora que un día me ridiculizó por estar siempre enferma; ahora mucho más mayor y con muchas más arrugas en el rostro.

Camino a paso firme y decidido, con la cabeza en alto, intentando transmitir la seguridad en la que llevo trabajando tantos años.

La directora me recibe con una enorme sonrisa cuando llego a la puerta del salón de actos.

—Bienvenida, Isabella. Es un honor tenerte hoy con nosotros.

La saludo con un apretón de manos y sigo sus pasos por el camino, hasta llegar al escenario. La sala está repleta de adolescentes y en el pasado, esto me hubiera provocado un ataque de pánico. Algunos están lo suficientemente entretenidos con sus compañeros de al lado como para notar mi presencia, mientras que otros me escrutan con atención. Observo la enorme pantalla que hay en la pared,

a modo de diapositiva, en el que se irá mostrando todo lo que vaya hablando a lo largo de esta hora, con textos e imágenes para que sean más fáciles de comprender.

—Bueno, chicos, ahora sí, os pido silencio. —La voz de la directora hace eco por toda la sala a través del micrófono de pie. Yo tomo asiento en un pequeño sillón que han preparado cerca de la pantalla. Me empiezan a temblar las piernas cuando me empiezo a sentir observada—. Como sabéis, hoy es el día internacional contra el acoso escolar, y por ello, contamos con la visita de alguien muy especial: Isabella Brown, una antigua alumna que hoy ha venido aquí, su antiguo instituto, a contarnos su historia.

PRIMERA PARTE

Aceptar mi dolor



CAPÍTULO 1

Bruno



El aire me pesa al respirar. El pecho me oprime. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, y sé que estoy llevándolo al límite. Las gotas de sudor caen por mi espalda, y hacen que la camiseta del equipo se pegue a ella, como un recordatorio del apellido que llevo grabado en ella, del peso que cargo sobre mis hombros, de la necesidad que tengo por ser el mejor. Porque no tengo otra opción.

La presión aumenta cuando estoy a tan solo unos metros de distancia de la portería. Siento decenas de ojos sobre mí, clavados en cada uno de mis movimientos, esperando una jugada final que nos lleve a la victoria. No puedo permitirme equivocarme. No puedo decepcionar a todo el mundo. No puedo fallarme a mí mismo de nuevo.

El balón obedece cada uno de mis movimientos, y se desliza por el campo sin despegarse de mis pies. Siento la

respiración acelerada de un defensa a mi izquierda, y enseguida intenta arrebatarme la pelota. Con una pequeña patada, lanzo hacia la derecha y corro hasta conseguir capturar la pelota de nuevo, que vuelve a jugar entre mis pies.

Mi mirada está fija en la meta, que tengo justo frente a mí. Estoy rodeado de jugadores que quieren arrebatarme esta oportunidad. Sus cuerpos chocan con el mío, sus respiraciones cada vez están más agitadas, y pese al ruido que hay a nuestro alrededor, puedo oír todas las protestas y maldiciones que sueltan por la boca.

El portero me mira desafiante, y se prepara para frenar esta jugada. La presión por ser el mejor me oprime, pero también me lleva a superarme en cada partido.

Mi pie golpea el balón en un movimiento seco, y sale disparado hasta mi objetivo. El portero se lanza en la misma dirección, pero no consigue frenarlo; el balón ya ha golpeado la red.

Mi alrededor estalla en vítores. Los gritos y aplausos que escucho hacen que mi pecho se hinche de orgullo. Mis

compañeros corren hacia mí y, completamente eufóricos, levantan mi cuerpo en el aire.



Acabo de darles el gol de la victoria.

Entre la multitud, distingo unos ojos azules que me observan con atención. Su mirada es tan fría que siento que me quema, a pesar de la distancia que nos separa. Busco desesperadamente la única señal de triunfo que necesito en él, pero lo único que encuentro es decepción, como siempre.

Nada parece ser suficiente para él. Incluso cuando logre ser el mejor, estoy seguro de que siempre exigirá que consiga más, que siempre vaya por delante de mis propias limitaciones.

Corro hacia él, en busca de alguna palabra de aliento que calme esta ansiedad que siento de nuevo.

—Hola, papá —le saludo sonriente, pero lo único que recibo por su parte es un gruñido, que logra estremecerme—. Hemos ganado.

—¿Y de qué vale? Has jugado peor que nunca. Apenas has tenido control del balón, y las pocas veces que lo has hecho, has fallado pases y goles que podrían haber marcado la diferencia.

—He marcado el gol que nos ha hecho ganar.

—Y solo ha sido porque el portero no sabe jugar. Hasta tu hermano Benjamin podría haber parado ese chute tan pésimo.

Jugueteo con las puntas de mis botas sobre el césped, intentando concentrarme en algo que no sea las ganas de llorar que siento ahora mismo. Mi padre sigue con sus reprimendas, pero mi cabeza ha desconectado, y no logro escuchar nada más de lo que me dice.

Mi padre es parte de la directiva de la academia de fútbol, y también jugó cuando era joven en el mismo club en el que juego yo. Desde pequeño, me ha enseñado todo lo que sé, y se ha esforzado porque pudiera seguir jugando, para llegar a ser el mejor. Mis hermanos, Benjamin y Eliot, parecen querer seguir mis pasos, y están en un equipo de fútbol infantil. Mi padre se llena de orgullo cada vez que los ve, y daría cualquier cosa por ver una pizca de ello en alguno de mis partidos.

Llevo bien los estudios, saco buenas notas, no me meto en problemas ni hago daño a nadie; todo lo contrario, intento siempre tratar a los demás como me gustaría que

me tratasen a mí. Practico y entreno más horas de las que debería, y, aun así, no interfiere con mis notas. Me esfuerzo por mejorar mis movimientos, por ser mejor cada día. Pero muy a mí pesar, nada parece ser suficiente para él.

Doy algunos pasos rápidos hasta llegar al resto de mi familia, que me esperan en las gradas.

Benjamin y Eliot corren a abrazarme con toda la fuerza que sus pequeños cuerpos les permiten. Daphne me mira orgullosa desde su asiento. A su lado, su novio Liam, da algunos silbidos y me dedica una sonrisa. Mi prima Janelle no está de humor, y con todo lo que le ha pasado estos últimos meses, la entiendo, así que no le exijo nada más que una pequeña sonrisa. Mi madre me espera con los brazos abiertos, y enseguida envuelvo mi cuerpo entre ellos, disfrutando de la sensación tan cálida que me embriaga las caricias que hace por mi espalda.

—¡Qué bien has jugado, cariño!

—Gracias, mamá. —Me separo de ella y esbozo una pequeña sonrisa forzada; mi madre no tiene la culpa de cómo me hace sentir mi padre, ella es diferente—. Ojalá papá pensara lo mismo.

—No le hagas caso a tu padre, ya sabes que es un poco gruñón.

—¿Solo un poco? —interviene Eliot, que parece estar bastante atento a nuestra conversación.

Mi madre le dedica una mirada, que transmite un mensaje tan claro, que no hace falta que le diga nada más para que el pequeño capte el mensaje y vuelva a irse con su hermano a jugar con la tablet. La verdad es que tienen una obsesión con ese aparato.

—Voy a ir a darme una ducha, que apesto.

—No te lo quería decir, cuñado, pero menudo tufo ibas soltando cada vez que corrías cerca de las gradas.

La sonrisa de Liam se ensancha con cada palabra que suelta.

—Recuérdame que no invite más a tu novio a ninguno de mis partidos —le digo a Daphne en broma.

—¡Pero si te encanta que te anime desde aquí!

La verdad es que sí. En muy poco tiempo, Liam se ha ganado un espacio importante en nuestra familia, y también en nuestros corazones.

Hace unos meses, Daphne, una de mis hermanas mayores, nos reunió a todos en una cena, en la que nos contó que estaba saliendo con un chico. A mi padre casi le da un infarto del disgusto. Sigue sin estar de acuerdo con la relación, pero parece que últimamente está esforzándose un poco más, seguramente para contentar a Daph, que siempre ha sido ojito derecho, aunque él lo niegue.

—Espera, Bruno. —La voz de mi prima Janelle hace que me pare en seco, y doy media vuelta hasta quedar frente a ella. Las bolsas oscuras de sus ojos son una muestra de lo poco que duerme últimamente. Ha perdido algunos kilos, y vuelve a lucir una mirada triste y apagada desde que Eric se fue a Londres—. Yo me voy ya, ¿vale? Nos vemos luego en casa.

Asiento con la cabeza y la veo irse, perdiéndose entre la multitud. Aunque la terapia está ayudándola a sanar y está haciendo muchos cambios, no puede disimular lo destrozada que está. Todos echamos de menos a Eric, y aunque según mi padre, tenemos motivos de sobra para no querer saber nada más de él, también se ganó un lugar muy importante en nuestra familia, cuando hace unos meses, las casualidades de la vida, le hicieron perderse y acabar

justo en mi casa. Estuvo viviendo con nosotros dos meses, en los que se enamoró perdidamente de mi prima. Fue una pieza clave en la reconstrucción de su corazón, que llevaba roto más años de los que puedo recordar.

Después de algunos hechos que prefiero no recordar, tuvo que volver a irse hace un mes y medio a Londres, su ciudad natal. Está a punto de publicar un libro, y estoy seguro de que será todo un éxito. Eric y yo seguimos en contacto. Para mí es un gran amigo, y espero que pueda solucionar sus problemas con mi prima pronto, porque estoy deseando que volvamos a pasar tiempo juntos, en familia.

Una vez dentro del vestuario, me quito la camiseta y me seco con la misma tela el sudor que todavía cae por mi frente.

Saludo a un par de compañeros que están desvestiéndose también, y abro mi taquilla, donde suelo guardar mis cosas durante los partidos. Saco la ropa limpia que ya tenía preparada, y cuando me giro, me encuentro al entrenador

Jean, de brazos cruzados y con una sonrisa en el rostro.

—Date una ducha rápida y ven a mi despacho en quince minutos. Tenemos que hablar.

—¿Ha pasado algo?

¿Qué he hecho mal esta vez?, es lo que realmente me gustaría preguntar.

—Antes de que te alarmes, te aviso que no es nada malo, todo lo contrario! Te espero con tu padre en mi despacho. No tardes.

Con mi padre.

Nada bueno puede salir de ahí, estoy seguro.



CAPÍTULO 2

Bella



Entramos en casa y lo primero que hago es dejar mi chaqueta tirada y tumbarme en el sofá. Lanzo los zapatos al suelo y me acomodo entre los muchos cojines que Eric usa para jugar cuando está nervioso, aunque a él le gusta decir que los tiene ahí para decorar el salón.

Siento que la cabeza me da vueltas, y los párpados me pesan tanto, que casi se cierran solos. Tengo el cuerpo dolorido y me resulta insoportable el hecho de mover las simples manos. Estoy exhausta. Mi mirada se pierde en el color blanco del techo, y mi cabeza, en todo lo que ha pasado en estos últimos meses.

Solo está aquí conmigo porque le doy pena.

Soy una carga para todo el mundo.

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza, intentando deshacerme de la voz que siempre me carcome por dentro.

—¿Estás bien?

Mi hermano se sienta en el sofá que hay junto a mí, y enreda sus dedos entre los mechones de mi pelo, acariciándolo con suavidad, como siempre hacía cuando era pequeña y tenía miedo, o simplemente estaba triste.

—Sí —contesto, con la mirada todavía en el techo—. Puedes irte si quieres, no hace falta que estés las veinticuatro horas pegado a mí.

—He prometido cuidarte, Isabella. No pienso separarme de ti hasta que me asegure de que estás bien.

Él no quiere estar aquí. Solo está haciendo esto porque no tengo a nadie.

—Quiero estar sola.

Solo quiero perderme entre la oscuridad y el silencio.

No quiero pensar. No quiero sentir. No quiero vivir.

La idea de estar inconsciente entre sueños se me hace

hasta dolorosa. Lo necesito.

Necesito parar. Necesito que esto pare.

—Me da igual. No voy a dejarte sola. Tenemos mucho tiempo por delante, así que ve acostumbrándote de nuevo a mi compañía, hermanita.

Pongo los ojos en blanco, y siento que mi cuerpo por fin reacciona a lo que pasa a mi alrededor.

Mis labios se curvan de forma inconsciente en un amago de sonrisa. Siento este gesto tan extraño, que hasta me provoca miedo.

Enseguida frunzo el ceño.

La idea de estar junto a Eric me emociona y me aterra a partes iguales. Estar con él, siempre se siente como estar en casa, da igual el lugar en el que estemos. Porque mi hogar siempre ha sido y será él. Es mi hermano, mi mejor amigo, mi otra mitad. Pero la inseguridad y el miedo siempre están presentes. La idea de volver a sentirme abandonada, de volver a estar sola conmigo misma, me aterra. Me hace sentir indefensa.

—De verdad, quiero estar sola ahora mismo.

—Y yo quiero estar con mi hermana pequeña.

¿Y por qué te fuiste? ¿Por qué me hiciste lo que sabías que más me dolería? ¿Por qué me hiciste sentirme abandonada también por ti?

—Vale —termino cediendo, porque sé lo cabezota que es mi hermano, y que, si se ha propuesto vigilarme a todas horas, lo va a hacer sin importar mi opinión.

—He hablado con papá y mamá esta mañana.

Se me acelera el corazón.

Ahí está, lo que estaba esperando. Va a abandonarme de nuevo.

—No quiero volver a esa casa —consigo decir, en un hilo de voz, antes de romperme por completo. No puedo evitarlo. Y lo odio.

Odio ser así de sensible. Odio que todo me afecte. Odio no ser tan fuerte como me gustaría, o como intento aparentar.

—Lo sé, y es por eso por lo que no vas a hacerlo.

Abro los ojos de golpe. Siento los latidos de mi corazón golpearme el pecho con fuerza. Me inclino hacia delante hasta quedar sentada y me acomodo frente a él. Me siento algo mareada y la visión se me nubla por un momento, por lo que tengo que agarrarme al respaldo del sofá durante unos cuantos segundos.

Ni siquiera me ha dado tiempo a recomponerme, cuando Eric me aparta el pelo de la cara y acaricia mis mejillas con sus manos.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo ha sido un pequeño mareo, pero estoy bien.

—Sus ojos están llenos de preocupación, y veo en ellos la lucha interna que tiene ahora mismo. Una casi tan complicada como la que siento yo—. ¿Qué me estabas diciendo?

—No tienes que volver a casa. —Mi casa está donde estés tú, es lo que me gustaría contestar, pero me contengo y dejo que siga hablando—. Vas a quedarte conmigo una buena temporada.

—No quiero ser una carga para ti también, Eric. Acabas de reconciliarte con Janelle, y ella está en Francia, esperándote. No tienes porqué quedarte aquí conmigo.

—Eres la persona más importante en mi vida, Isabella. Y no es solo que tenga que quedarme contigo, es que quiero hacerlo. —Se me forma un nudo en el estómago—. Podemos recuperar el tiempo perdido.

No, no podemos hacerlo. No puedes devolverme los cuatro años en los que me obligaste a estar sin ti.

—Vale.

—¿Solo vale? ¿Nada de un, eres el mejor hermano del mundo? ¿O, estoy deseando vivir contigo porque eres una persona extraordinaria?

—No has cambiado nada. —Suelto una pequeña carcajada después de dos meses.

—Tú tampoco. —Me da un pequeño toque en la punta de la nariz con su dedo índice—. Sigues siendo la misma niña pequeña y molesta de siempre.

—Oye —me quejo—. No me llames igual que llamas a tu novia. Yo no soy molesta, ella sí.

—Demasiado estabas tardando en sacar tu lado posesivo conmigo.

—No soy posesiva.

—Lo eres. Y muy celosa también.

—¡Mentira! —protesto. Me mira sonriente y suelta una carcajada.

—¿No me preguntas si a papá y mamá les importa que estés conmigo, en lugar de quedarte con ellos?

—¿Para qué? Si ya sé que les doy igual.

—Eso no es verdad. Les importas mucho, y están muy preocupados por ti.

Pongo los ojos en blanco. No se cree ni él lo que está diciendo.

—Ya, como siempre. —Hago un mohín de desagrado—. No pasa nada, no quiero hablar de ellos ahora mismo.

—Lo entiendo. A mí tampoco me hace especial ilusión mencionarlos. Pero todavía no tienes la mayoría de edad. Da gracias a que he podido convencerles de que te quedas conmigo.

Tampoco creo que a mis padres les importe demasiado. Mi madre se pasa el día en la cama, lamentándose por su vida, y mi padre pasa la mayor parte del tiempo trabajando, y la otra pequeña parte, gastando dinero. Nunca se han preocupado por mí. Solo les ha importado que les pudiera hacer quedar mal ante sus amigos con mis «tonterías y llamados de atención».

—Suenas a que me estás haciendo un favor.

—Te han aceptado el alta voluntaria con una serie de condiciones, solo espero que no se te olviden. Me he comprometido a cuidar de ti y a que no vuelva a repetirse lo que pasó. Pero tienes que poner de tu parte. Sé que lo estás intentando, y soy consciente de lo mal que estás. Pero solo te pido que no te rindas, por favor.

—¿Sabes? No te pega nada hacer de adulto responsable, ni de hermano mayor. Se ve que has perdido práctica, como me abandonaste durante tantos años para vivir la vida mientras yo sufría un infierno cada día.

Las palabras salen solas por mi boca. Una parte de mí, se ha llenado de rabia y tiene la necesidad de hacerle daño, de que sufra casi tanto como estoy sufriendo yo ahora

mismo, de que entienda mi dolor. De no sentirme sola entre tanto sufrimiento. La otra, se arrepiente enseguida de haber sido tan cruel, y de ser tan inmadura.

En sus ojos veo una pizca de arrepentimiento, y un brillo húmedo en la mirada, que me recuerda que mi hermano también es un blando como yo, y que probablemente, esté a punto de romperse frente a mí.

—¿Crees que para mí fue fácil? ¿Crees que eres la única que ha sufrido, Isabella?

—No me llames así.

Él siempre me llama Bella, o hermanita. Y odio que me llame por mi nombre completo, me recuerda a mi padre y a sus formalidades, y lo detesto.

—Contesta a mis preguntas. —Tensa la mandíbula—. ¿Crees que eres la única que sufre?

Me muerdo el labio y contengo mis lágrimas. No quiero ser débil. No ahora.

—No. Pero si soy la que siempre tiene que sufrir sola.

—¿Se te ha olvidado todo el tiempo que cuidé de ti? ¿Lo mucho que me sacrificué para que nunca te sintieras igual de sola que me sentí yo?

—Sabes que odio que me echen las cosas en cara.

—No te estoy echando nada en cara. Te estoy recordando que, aunque he sido una porquería de hermano estos últimos años, siempre fui la única persona que estuvo a tu lado cuando llorabas, y la que te levantaba cada vez que te caías.

—Pero no estuviste cuando más te necesitaba, cuando más rota estuve.

Siento que mis palabras hacen pedazos algo dentro de él. No quiero hacerle daño, pero no puedo parar de escupir toda la rabia y el dolor que tengo acumulados en mi interior.

—Solo quería protegerte. —Su voz se quiebra, y sigo el recorrido que hacen las lágrimas por sus mejillas con la mirada, sintiendo cómo los pedazos rotos de mi interior me rasguñan por dentro—. Siempre... Siempre he querido lo mejor para ti. Y sentí que lo mejor era que estuvieras lejos de mí.

—Eras lo único que necesitaba. Lo único que me daba fuerzas para seguir.

—Lo... —Sorbe su nariz, y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano—. Lo siento. Siento haberte fallado. Siento no haber estado ahí para ti. Siento todo lo que te ha pasado, y no haber podido evitar que sufieras tanto —musita entre lágrimas—. Ojalá pudiera haber vivido por ti todo lo que tú viviste, haber sufrido todo tu dolor en lugar de ver cómo te consumías cada día.

Para cuando me doy cuenta, estoy llorando. Las gotas saladas recorren mis mejillas, y mis sollozos resuenan por todo el salón. Me siento desgarrada por dentro. Y me permito sacar parte de mis lamentos, ser vulnerable frente a mi hermano. Me permito dejarme consolar por él, aunque sienta que no merezco ningún tipo de cariño.

Me dejo acurrucar entre sus brazos, y su calidez, me hace sentirme en paz, a pesar de estar en medio de una guerra emocional conmigo misma.

Eric llora junto a mí. Me abraza. Me besa la cabeza una y otra vez. Suelta unos sollozos desgarradores, que acompañan a mis gritos ahogados. Acaricia mi pelo, y me

pide perdón. Yo me aferro a él con fuerza, le pido disculpas sin parar, y le repito lo mucho que le quiero.



CAPÍTULO 3

Bruno



Me limpio el sudor de las manos en la tela del pantalón. Carraspeo y me reincorporo frente al entrenador, que me observa con sus ojos azabache desde la silla en la que está sentado. Toma un sorbo de café, y vuelve a colocar la taza sobre la pequeña mesa que nos separa.

—Díselo ya, Jean —gruñe mi padre después de unos segundos bastante incómodos de silencio.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? —pregunto mirando el rostro serio de mi padre. Sus labios parecen tomar vida propia y hacen un amago de curvarse en una sonrisa, pero enseguida frunce el ceño y vuelve a tensarse de nuevo.

—Tengo un contacto importante en la universidad KingStone, que como sabes, es una de las más importantes de Londres. Está buscando nuevos talentos para

incorporarse en el equipo de fútbol. Le hablé de ti y le envié algunas tomas de partidos en los que hiciste jugadas increíbles, y quedó impresionado con tu habilidad jugando siendo tan joven. —Vuelve a dar un sorbo de café antes de continuar hablando—. Después de mover algunos hilos, he conseguido que te ofrezcan una beca para estudiar allí. —Mis ojos se abren de par en par. Soy incapaz de ocultar lo sorprendido que me siento ahora mismo—. Tendrás que pasar por una prueba deportiva para que la convaliden, pero solo será un simple trámite. Ya estás dentro.

—¿Habla en serio?

Miro a mi padre, completamente incrédulo, y veo que está sonriendo. Casi puedo notar una pizca de orgullo en su mirada, lo que me provoca un pellizco en el pecho. Trago saliva y vuelvo a mirar al señor Jean, que también espera mi reacción, sonriente.

—¿Crees que bromearía con algo así? Te conozco desde que llevabas pañales, y hasta puedo decir que te tengo algo de aprecio. Me llena de orgullo poder decirte que en unos meses, empezará la oportunidad de tu vida, Bruno, así que aprovéchala.

—Lo haré. —Es lo único que logro decir. Siento un nudo en la garganta que apenas me deja articular palabra.

—¿No estás feliz?

—Lo estoy, señor.

—No lo parece. —Enarca una ceja—. Pensaba que esto era lo que querías.

—Sí... Es lo que quiero... Solo es que... —Miro a mi padre, y continuo hablando—, no creo que esto esté ocurriendo de verdad. —Mi padre suelta una carcajada y me da un par de golpecitos en el hombro.

—Es una de las muchas ventajas de ser un Boissieu —murmura. Sus palabras me sientan como un jarro de agua fría. Mi apellido siempre tiene que estar en medio de todo lo que hago. Y pensar que cada cosa que consiga en la vida será gracias a mi padre y su apellido, me hace sentir patético—. Así que aprovecha la oportunidad que tienes de ser quien eres, y no me decepciones.

Se me cierra un nudo en la garganta, y me muerdo el labio con fuerza, reprimiendo las ganas que tengo de llorar ahora mismo.

Abro y cierro la boca de forma absurda un par de veces.

Ahora mismo, no soy capaz de decir nada que no vaya a enfurecer a mi padre, así que decido que es mejor quedarme callado y asentir con la cabeza como respuesta.

Parece aprobar mi reacción cuando imita mi gesto y esboza una sonrisa de lado, volviendo su atención hacia el entrenador.

—Aún tenemos muchas cosas de qué hablar, pero lo haremos poco a poco. De momento, te dejo que asimiles la noticia. Y que te prepares, porque en dos semanas tienes la prueba de acceso al equipo.

—¿Tan pronto?

—Sí —responde, en esta ocasión, mi padre—. Quieren evaluarte con tiempo. Ya le he pedido unos días libres al director de tu instituto. Irás a Londres a hacer la prueba, y luego volverás y terminarás el curso con la mejor nota posible. Tendremos todo el verano para preparar tu traslado, y por supuesto, para que entrenes sin parar.

—Vale, papá.

Agacho la cabeza, cabizbajo, y pierdo mi mirada en los rombos que forman las losas del suelo. El entrenador sigue hablando con mi padre, pero no capto nada de lo que dicen. Mis pensamientos ahora mismo están en otra parte.

El fútbol lo es todo para mí, y desde que tengo uso de razón, siempre he soñado con dedicarme a ello de forma profesional. Y sé que el estudiar en Londres, y jugar en el equipo de una universidad como KingStone, es una gran oportunidad para mí. Podría ser el principio de algo mucho más grande. Pero la posibilidad de fallar, de no superar, o ni siquiera cumplir, las expectativas que tienen conmigo como jugador, me hiela la sangre.

He nacido para jugar. Necesito convertirme en el mejor. No puedo permitirme tener ni una sola distracción. No quiero sentir que soy la decepción de mi padre otra vez.

No creo ser capaz de soportar vivir con ese peso a mis espaldas por mucho más tiempo.



El aire a primera hora en una mañana cualquiera de mayo huele a tierra mojada, por la ligera llovizna de hace un par de horas, y al perfume de las flores que adornan los jardines que tengo a mi alrededor. Pese a que las terrazas de las cafeterías empiezan a tener algo de vida, y el murmullo de la gente comienza a hacerse notar; la ciudad parece estar en silencio ahora mismo, como si se hubiera tomado una pausa para que pudiéramos disfrutar de nuestro paseo.

Mi hermana Daphne se seca las gotas de sudor que le caen por la frente con el antebrazo, y al igual que yo, intenta recuperar un ritmo normal de respiración, mientras caminamos.

Acabamos de terminar de correr, y ahora nos dirigimos a casa, mientras disfrutamos de la temperatura fresca, que se siente como un alivio para nuestro cuerpo sudoroso y que tanto calor emana ahora mismo; y del paisaje que haya nuestro alrededor: a nuestra izquierda, el río Eure, con sus aguas en calma, casi cristalinas; con un pequeño puente

antiguo y empedrado que, desde lejos, parece casi rozar el agua. Las casas de madera lo rodean, y aportan ese toque medieval que tanto me gusta.

Me encanta salir a correr por las mañanas antes de ir a clase, y los fines de semana cuando no tengo entrenamiento. Me relaja. Me ayuda a liberar cualquier estrés que tenga en el momento.

Me siento mucho más relajado y con menos peso sobre mis hombros cuando termino de hacer el recorrido. Además, disfruto mucho del ambiente tan cálido y relajado que hay a esta hora y, sobre todo, disfruto mucho de la compañía de Daphne siempre que puede permitirse levantarse a esta hora para correr conmigo.

—Arranca —me anima Daph antes de darme un pequeño toque en el hombro con el suyo—. Di lo que te pasa por esa cabecita desde que hemos salido de casa.

—No es nada, solo estaba admirando el paisaje. —Me encojo de hombros, con la mirada fija en el frente. Me niego a que nuestros ojos se crucen. Mi hermana tiene una especie de poder que le permite saber lo que me pasa y

pienso en cada momento, y a veces me asusta un poco lo bien que me conoce.

—Sí, y llevas haciéndolo más de quince minutos en silencio. Y tú nunca sueles estar en silencio. —Me da un codazo suave en el costado, y esbozo una pequeña sonrisa cuando la miro de reajo y veo que me observa con sus grandes ojos azules, bien abiertos y expectantes ante mi respuesta.

—Me da un poco de ansiedad pensar en mi futuro. No quiero que el equipo de los Lions me quede grande. Y nunca he estado tanto tiempo separado de nuestra familia, ni de mis amigos, y sé que os voy a echar muchísimo de menos cuando me mude a Londres.

—No me lo recuerdes. —Hace un pequeño puchero con su labio inferior—. Te vamos a echar muchísimo de menos. La casa sin ti no será lo mismo, Bruno. Pero tienes que echar a volar en algún momento. No puedes obsesionarte pensando en qué pasará en el futuro, porque si no, nunca disfrutarás de lo que te esté pasando en el presente. Y ahora mismo, te están pasando cosas muy bonitas. Vas a estudiar en una de las mejores universidades de Inglaterra, y además, tienes la oportunidad de jugar en su equipo de

fútbol, y eso te abrirá muchas puertas dentro de unos años. También vas a viajar y vivir en otro país. Vas a conocer a gente nueva, y estoy segura de que harás nuevos amigos y vivirás muchísimas experiencias que cambiarán tu modo de ver la vida.

—¿Puedes dejar de hablar como una coach y dejar que me regodee en mis miedos?

Suelta una pequeña carcajada.

—No pasa nada porque tengas miedo. Todos lo sentimos alguna vez. Lo que jamás puedes permitir, es que esos miedos te paralicen o te impidan vivir.

—Lo sé —respondo en un suspiro—. Gracias, Daph. Por eso eres mi hermana favorita, porque siempre sabes qué decir.

—¿Solo por eso? —Me da un manotazo en el brazo y me río—. Has estropeado un momento precioso, en el que podrías haber aprovechado para alabar mis virtudes y lo bien que se me da ser tu hermana mayor favorita.

—Se te da genial, Daph.

¡Continúa leyendo y no te quedes sin tu
ejemplar!

Compra tu ejemplar en Amazon o reserva
en www.andreacannelle.com